

LAS PRIMERAS IDEAS

REVISTA QUINCENAL

CIENCIAS, LETRAS Y ARTES

3.ª ÉPOCA—AÑO III

MONTEVIDEO, ABRIL 6 DE 1895

TOMO IV—N.º II

REDACCIÓN

Las fiestas del trabajo

La humanidad, decía Pascal, es un hombre que perpetuamente crece y que perpetuamente aprende, encerrando en esta frase una gran verdad, definitivamente consagrada por la ciencia de nuestros días; herencia, evolución, progreso, todo lo abarcó el poderoso talento de aquel escéptico, con la intuición del genio. El hombre actual como la sociedad presente, no son más que la síntesis del enorme trabajo realizado en nuestras luchas seculares; la resultante de todas las fuerzas, de las tendencias innumerables que en todo tiempo agitaron el escenario del mundo.

El desenvolvimiento de los pueblos no es, pues, más que la secuela de sus triunfos y de sus derrotas, de sus levantamientos y de sus caídas, que van elaborando el escabroso camino hacia la vaguedad remota del mañana; camino entre cuyos abrojos, si á veces queda un girón de dignidad ó parece momentáneamente un principio, se van cimentando las conquistas permanentes y las victorias duraderas que son el corolario inevitable del reinado de la paz y del derecho augusto binomio, destinado á gravitar eternamente en la órbita de las naciones, como índice

nivelador entre la ambición desmedida de los unos y el quietismo enervante de los más, extremos deplorables de nuestras comunes aspiraciones.

La paz, efectivamente, es la diosa á cuya sombra protectora germinan las iniciativas fecundas para la vida nacional, bajo cuyas alas se cobija el trabajo, ese motor inmenso cuyo funcionamiento es la vida del hombre, agente poderoso de su perfección, que lo regenera, lo dignifica y lo enaltece, y que le hace amar esta existencia, para muchos ingrata, con las dulzuras infinitas de sus nobles placeres.

Bajo la égida de esos dos grandes factores de la civilización, y por la iniciativa de la benemérita Asociación Rural, se inauguró el 10 de Marzo pasado la tercera Exposición Nacional de Ganadería y Agricultura, y pocos días después el Congreso Ganadero-Agrícola; dos nuevos mojones colocados en el sendero de positivas conquistas en pro de la nacionalidad.

Todos sabemos la importancia de las Exposiciones como elementos estimulantes y como reveladoras de la riqueza de un país: allí, en pequeños cuadros, se ve esfumada su potencia productora, donde ya se bosqueja el porvenir más ó menos alhagador que el tiempo le depara.

El éxito de la actual Exposición, si no ha sido tan grande como era de desearse, alcanza por lo menos á satisfacer las exigencias del patriotismo; muchas causas han obstado á su completo brillo, siendo la primordial, como lo observó el doctor Pena en su notable discurso al inaugurar el Congreso Ganadero-Agrícola, «la indolencia campesina, el egoísmo hueraño, los viejos hábitos y las prevenciones y rivali-

dades de aldea, que salen siempre á detener la corriente generosa de nuevos idiales y la aplicación de nuevos medios de perfeccionamiento nacional.»

Esa inercia hereditaria de nuestra raza, esa naturaleza ultra conservadora de los habitantes del país, es, en efecto, la rémora contra la que se estrella el espíritu entusiasta de los sinceros propagandistas de nuestro progreso agrario; sin embargo, mucho se ha hecho ya, en el sentido de abrir nuevos horizontes, nuevos rumbos á la producción y al trabajo, y el resultado de ahora nos demuestra que van haciendo camino y abriendo brecha los esfuerzos abnegados de los que con fe inquebrantable, modestamente y sin bulla van echando los cimientos de la patria grande y feliz, de la patria soñada, de aquella patria que en sus delirantes insomnios, entrevieron los enérgicos batalladores del 11 al 30.

Allí se ve palpitante el notable adelanto realizado en estos últimos años por las industrias agro-pecuarias. Los nuevos cultivos, tales como la viticultura, el tabaco, etc., que se difunden sobremanera, ocupan ya un lugar honroso al lado de nuestros viejos productos; el mejoramiento de nuestras razas va siendo un hecho, gracias al esfuerzo inteligente de importantes ganaderos, cuyo ejemplo cunde y se desarrolla; las máquinas, genuinos representantes del espíritu moderno, van poco á poco sustituyendo á los procedimientos rutinarios de la vieja escuela; hechos todos que reflejan honor sobre el país, que al fin parece comprender hacia dónde debe dirigir sus afanes y dónde radican sus intereses bien entendidos.

En cuanto al Congreso, á primera vista se com-

prende la importancia capital y la influencia que está llamado á ejercer en el desenvolvimiento de todo lo que atañe á su cometido; sus resultados serán tal vez de mayor trascendencia para el país, que los de la Exposición misma, y las conclusiones á que llegue en el transcurso de sus sesiones, tendrán, sin duda alguna vastas proyecciones en el porvenir de nuestra industria agraria y ganadera.

Ensayos como el presente, obras de verdadero aliento, de eficacia positiva para la vida nacional, tienen ya en sí un valor intrínseco tal, que su sola iniciativa es un triunfo que compensa el contingente fracaso que pueda sobrevenir; pero en el caso actual, dado el entusiasmo que reina entre los congresales, éste no sobrevendrá, y es de esperarse que la prédica constante y la propaganda activa de los rapsodas del progreso, se coronará, por esta vez al menos, dignamente.

La Asociación Rural, perseverando en la senda, en la que tantos títulos tiene ya adquiridos ante la consideración del país, se ha hecho acreedora á un nuevo aplauso, aplauso que nosotros le tributamos de buena gana, aunque por su modestia se extinga sin llegar á sus oídos.

Ojalá que actos de esta naturaleza se repitan con frecuencia; ojalá que el país marche «adelante, siempre adelante» sin retroceder jamás, sin esos atavismos, esos saltos atrás, de que tantos ejemplos nos da la historia, y que nosotros también hemos sufrido, sin desviarse ni por un momento de las vías institucionales, que son la garantía necesaria de todo triunfo civilizador; ojalá que á cada paso, á cada nueva conquista, pueda exclamar, según lo dijo no

hace mucho uno de nuestros políticos, como el héroe de Malakoff: « *J'y suis j'y reste* ».

Antonio Cabral.

Reformas, textos y programas

Hace poco tiempo, cuando la prensa de Montevideo dió la noticia de que la Honorable Cámara iba á tratar el proyecto del Consejo Universitario, que proponía la modificación casi completa del artículo 19 del actual Reglamento de Enseñanza Secundaria y Superior, una voz unánime de desaprobación surgió de entre las filas de nuestros compañeros de estudios, puesto que el nuevo artículo del Reglamento importaba un número mayor de obstáculos y dificultades á la adquisición de un título universitario.

La agitación natural que produjo esa noticia, fué, por cierto, muy grande; porque no había un solo estudiante á quien no perjudicase, de una manera más ó menos directa, la reforma que se pretendía introducir en nuestro Reglamento. En virtud de esto, varios fueron los artículos que se publicaron en las columnas de la prensa Montevideana, tratando de demostrar los perjuicios que nos reportaba el mencionado proyecto; y si en alguno de esos artículos figura una que otra frase un tanto dura, es digna, sin duda, de ser disculpada inmediatamente, pues el grito de las libertades reprimidas es semejante al ataque del hombre á quien se insulta: uno y otro obran exaltados y casi sin reflexionar.

Sea que los artículos publicados hayan ejercido

alguna influencia favorable para nosotros, sea que nuestros legisladores hayan comprendido el nuevo cúmulo de barreras que importaba para los estudiantes la aceptación de aquellas modificaciones, el hecho es que el proyecto no fué aceptado por la Cámara en la forma que se propuso, pues aquella Honorable Corporación concedió tan sólo al Consejo la facultad de fijar la época de los exámenes complementarios, sin privar de ellos á los estudiantes libres, y sin limitar á *uno* el número de exámenes que en ese período pudiesen rendir los reglamentados. Y cabe aquí, á propósito de esta cuestión, colocar una frase de sincero agradecimiento hacia el senador doctor Ramírez, por haber sido el primero que en el seno de la Cámara levantó su voz en pro de los intereses estudiantiles.

No se crea que nuestro objeto es venir á *repicar* después que el incendio ha sido sofocado: esas no son nuestras miras. Lo que antecede nos servirá de introducción al punto que deseamos tratar; porque sería realmente bochornoso que toda la prensa de la Capital hablara, como lo hace, de asuntos universitarios tan importantes como el presente, y que nuestra Revista, la Revista de la Sección de Preparatorios, permaneciese muda, tratando solamente las cuestiones extrañas completamente á los asuntos universitarios; temas que son y serán excelentes, siempre que no existan en las carpetas de redacción otros de importancia más directa para los estudiantes.

Nuestra Universidad necesita una reforma, esto es muy cierto; pero no una reforma que tenga por objeto agregar, directa ó indirectamente, un año más á los *seis* con que ya cuenta nuestro bachillerato; no

una reforma que venga á aumentar el número respetable de *veinticuatro* materias, que figuran en nuestros estudios preparatorios; sino por el contrario, una reforma que simplificara y facilitase nuestro plan de estudios secundarios, ya sea con la supresión de algunos cursos, ya sea con la simplificación de algunos programas.

Nuestro bachillerato, á pesar de sus veinticuatro materias, no sería, en realidad, tan penoso, si no existiesen otras circunstancias que contribuyen muy directamente á volverlo más difícil cada día. Nos referimos á la cuestión textos y programas.

El de Historia Universal, por ejemplo, se halla arreglado conforme á la obra de Decoudray; y al final de dicho programa, se designa también con mucha claridad, que el texto de clase será la Historia de la Civilización, por el mencionado escritor. Ahora bien: ¿cuál es el estudiante á quien este ó aquel examinador no haya hecho preguntas sobre personajes, guerras ó sucesos que no menciona el señor Decoudray?...

Se nos dirá tal vez, que ese autor resume demasiado los hechos, y por lo mismo, es preciso ampliarlos con la ayuda de otros historiadores. Pues señor: si lo que se desea es hacernos aprender muchos nombres de guerras y de generales, si el texto que se adoptó se considera muy compendiado, désignese á Drioux, señálese á Duruy, cítese cualquier otra obra; pero no se nos coloque frente á la obligación de estudiar todos esos textos, si queremos responder á las preguntas que se nos hagan en un examen.

El programa de Literatura, 2.º año, no tenía, hasta hace poco, ningún texto que respondiese á él;

y nuestros compañeros veíanse obligados, por lo mismo, á perder un tiempo muy precioso, sacando apuntes de este ó aquel autor, para amontonar el material que les era necesario al estudio de aquella asignatura. Por fin, el doctor Blixén publicó su «Estudio Compendiado de la Literatura Contemporánea», y esta obra vino á ahorrarnos todo el peso que representaba un trabajo en extremo cansado y penoso.

Cuando el Consejo Universitario, en el pasado año, indicó como programa del 1.º curso de Literatura, el correspondiente al de Teoría Literaria, siguiendo la indicación de ese mismo programa, todos tratamos de adquirir la obra del señor Milá y Fontanals; y los que la compraron, afirmarán indudablemente con nosotros, que Milá y Fontanals sirve tanto para nuestro examen de Teoría Literaria, como la moral de Confucio para un examen de Geometría.

Dos obras de Mr. Guyau, en francés, eran las que respondían á casi todo aquel programa, pero en ninguna librería de Montevideo se encontraban á precio alguno. Por fin llegaron de Europa varios ejemplares en los meses de Septiembre y Octubre; y ahora, cuando el estudio de la Teoría Literaria se hacía fácil, á lo menos por ese lado, el Honorable Consejo cree conveniente indicar como texto la obra de Campillo. ¡Nuevo suplicio para los pobres estudiantes! pues á pesar de que la citada obra es un tanto *rancia*, sólo se han encontrado cinco ó seis ejemplares en nuestras librerías.

La necesidad de una pronta reforma se hace más necesaria aún, si consideramos lo extenso del programa de Historia Americana y Nacional. En esta

asignatura la mesa examinadora tiene ancho campo para sus interrogaciones; puede preguntar hasta el nombre del más insignificante personaje y hasta el sitio en que se efectuó la más ignorada escaramuza; y tiene realmente esta libertad, porque no hay un texto de clase designado oficialmente, como no hay tampoco una sola obra histórica que responda, aunque fuese medianamente, á un programa tan descomunal. En tales circunstancias, el estudiante que ambiciona rendir un examen más ó menos bueno, se encuentra en la obligación de consultar á Barros Arana, De-María, Bauzá, Berra, Mitre, Pi y Margall, Cronau, Prescott, Pelliza, Guzmán, Fregeiro, Lozano y Lamas, Domínguez, López, Pereira, San Martín, Zyni, Thierry, etc. . . y con todo esto nunca podrá presentarse á su examen, sin el temor de que algunas preguntas muy *originales*, sobre hechos sin importancia, vengán á eclipsar el caudal de sus costosos conocimientos.

Dígame lo que se quiera, pero este sistema de cosas tiende insensiblemente á introducir la desanimación entre los estudiantes, expuestos siempre, en estos casos, á rendir un triste examen, á pesar de todos sus esfuerzos y desvelos.

Se nos responderá que no hay ninguna obra de Historia Americana y Nacional adecuada á una Universidad; que todas son, ó demasiado extensas ó muy compendiadas; que por lo tanto, es imposible ajustar un programa con arreglo á un solo texto, y que además, los traductores de la Historia de Decoudray han ofrecido publicar una obra de Americana, con arreglo al actual programa universitario.

Estas serán razones muy buenas, si se quiere,

pero que no dicen *cuándo* aparecerá el texto que hace tiempo estamos esperando; ni alcanzan á demostrar la imposibilidad de una simplificación en el estudio de la Historia Americana y Nacional.

En las actuales circunstancias, sucede con muchísima frecuencia, que nos es necesario consultar cuatro ó cinco textos, para poder preparar *una sola bolilla* de nuestro programa; todo lo cual importa, como es lógico suponerlo, un gasto considerable de tiempo y de paciencia, inconveniente que se podría subsanar formando un programa, en el cual, cada bolilla estuviese arreglada con relación á un solo texto. Aún así, nos quedaría siempre el trabajo de consultar un número respetable de obras, pero esa tarea se hallaría un tanto simplificada, en cuanto que, para cada bolilla no sería preciso consultar más de *un texto*, cosa que por ahora no sucede, como acabamos de manifestarlo.

Por nuestra parte, abrigamos la esperanza de que el doctor García Acevedo y el bachiller don José P. Varela, que en este año se han hecho cargo de la cátedra de Historia Americana y Nacional, sabrán comprender la magnitud de esas dificultades; y que no sólo llegarán á comprenderlas, sino que también ejercerán toda su influencia de catedráticos, con el fin de ahorrarnos un trabajo penoso y hasta cierto punto inútil, puesto que, con otra ordenación del programa, nuestras tareas se hallarían notablemente simplificadas.

Mucho más habría que decir sobre estas cuestiones, pero no es nuestro objeto presentar un proyecto sobre reformas universitarias, sino señalar tan sólo la necesidad de ellas, y el sentido en que debieran

efectuarse, según nuestro parecer franco y modesto al mismo tiempo.

Uno de nuestros amigos, que ingresó hace algún tiempo en la Facultad de Derecho, decía, desde las columnas de *El Siglo*, que «cuando el hombre que ocupa el sillón del Rectorado se llama Pablo De-María, es lógico esperar mucho de él.» Eso mismo decimos nosotros, y eso mismo repetirán todos nuestros compañeros, deseosos de que nuestros pedidos lleguen hasta la altura en que se encuentra aquel digno funcionario.

Emilio Barbaroux.

Una página

Dirijamos nuestra mirada al escenario del Viejo Mundo, y observaremos con pesar, que los pueblos de Europa, en las postrimerías del siglo, presentan un espectáculo extraño y desconsolador.

La Francia y la Alemania son, indudablemente, las dos potencias alrededor de las cuales gira toda la política europea. En el orden físico, los dos países están estrechamente unidos por el contacto supremo de la Naturaleza; en el orden moral, el espíritu de ambas naciones presenta una antítesis trágica: está separado por una barrera de odios mutuos é irreconciliables.

Desde los tratados que terminaron la guerra del 70, en que tantos hombres perecieron y tantas pasiones se engendraron, los dos pueblos se han mirado como enemigos, han confrontado sus respectivas posicio-

nes y se han mantenido en una actitud ostensiblemente ofensiva, que hace temer muy seriamente por la estabilidad de Europa.

Esta rivalidad debe cesar, sin embargo: la Francia no puede seguir marchando por ese rumbo extraviado; se lo prohíbe la razón universal, se lo prohíbe también su herencia de gloria y otra causa más importante y más poderosa: sus convulsiones internas.

En efecto: una enfermedad moral gangrena en los tiempos actuales el organismo de Francia, una enfermedad que reclama imperiosamente un curativo ó un bálsamo eficaz, pues amenaza nada menos que con la destrucción de todo el régimen social existente.

El principio socialista aceptado por millares de hombres de pensamiento, fanatizados por un ideal, esclavos de una utopía, hace camino, *ara hondo* en el seno de la sociedad y marcha hacia su fin sin temer ni arredrarse ante nada.

Los mandatarios de Francia permanecen en una laxitud alarmante. No olviden que ofuscados, ciegos como ellos, los reyes, en el siglo pasado, cerraban los ojos y creían que la borrasca pasaría, como las tempestades del cielo, sin dejar ni rastro de sus furros arrebatados; no olviden que la Revolución Francesa, aquella aurora suprema que irradió sus claridades á todos los ámbitos del Universo, fué hija del pueblo, fué engendrada por ese mismo pueblo que hoy clama á pulmón herido por la reforma social.

Estas convulsiones internas de la Francia son de gran trascendencia por lo que dejamos expuesto. Ocurre preguntar ahora: ¿dónde se encuentra el germen de esa enfermedad que amenaza tan gravemente á la sociabilidad de Europa?

Interrogado sobre esta cuestión León XIII el anciano de bronce, la gloria del nombre católico, como le llamará el futuro, respondía: que el escepticismo es el solo origen de ese mal.

¡ Cuánta verdad encierran estas palabras, cuántas enseñanzas saludables y benéficas! Son un toque de llamada á la conciencia humana dormida, al sentimiento muerto, al corazón que el hombre de este siglo no siente latir ya bajo su *tetilla de bronce*.

El que estas líneas escribe, no cree en la verdad ni en la santidad de los principios católicos, pero piensa que una creencia, cualquiera que ella sea, debe sostener al hombre y ayudarlo en la lucha por la vida.

¡ Creed!, he ahí el bálsamo que cura todas las enfermedades del espíritu, que cicatriza todas las heridas del corazón!

¡ Creed!: en esta sola palabra se encierra el secreto de la felicidad!

J. D. V.

COLABORACIÓN

Cuadros y Paisajes

II

UN CHUBASCO

Los aires parecían aletargados en esa calma intensa que precede á todo lo violento; la atmósfera ardiente evaporaba su pesadez de plomo en bocanadas de fuego que iban á cernirse lentas allá en el cielo

gris y obscurecido; de cuando en cuando, el sol lanzaba un rayo de luz oxidada que proyectaba bajo los árboles quietos una sombra opaca y cálida.

De pronto, una racha de viento pasó veloz como el dardo precursor de la batalla que debía arriesgarse entre las nubes electrizadas de furor y la tierra muda y provocante.

Los dos mundos iban á luchar. Las primeras gotas empezaban á caer, como proyectiles del cielo, revolcándose entre el polvo con vehemencia, para levantar ese vahó húmedo característico de las grandes lluvias; las gotas llegaban cada vez más rápidas, entrechocándose y fundiéndose entre sí para anegar triunfantes á los campos vencidos.

Todo se inundaba bajo ese diluvio violento; las yerbas semejaban otras tantas algas irguiéndose en su lecho líquido; los cardos torcíanse bajo el peso de ese baño torrencial y dejaban escurrir por su tronco endeble chorros límpidos y cristalinos; los árboles más graves, corpulentos, sufrían como gigantes resignados, el llanto copioso que los cielos dejaban rodar por sus mejillas entristecidas. Los arroyos temerosos, empezaban á correr en remolinos de espuma: algunos, más cobardes, arrojaban las aguas fuera de sus cauces para que se escondieran entre la tierra húmeda, y proseguían, llenos de espanto, su corriente impetuosa, abrazándose fuerte á los troncos de ceibo, como implorando un poco de su inmovilidad de piedra... .

Las aguas iban á sepultarse quizá en el Océano, perdidas en la inmensidad de un mundo desconocido y terrible, solas, abandonadas, sin más amores ni besos con las matas juguetonas que mojaban sus

cuerpos entre los círculos de la superficie ondulante...

Una esperanza, sin embargo, les quedaba en medio de su carrera vertiginosa : morirían mirando en el horizonte una faja de azul que parecía reírles una sonrisa de promesa.

La faja parecía abrirse más y más ; ya no se oían las gotas de lluvia, y las nubes se emblanquecían con tintes de luz.

El sol quiso ver á la tierra, y asomó por la faja azul su mirada rubia.

Todo despertó.

El arco iris, vibrando gloria, unió entonces en un lazo fraternal á los dos mundos rivales, como una brillante bandera de paz desplegada en lo infinito!

Hip.

Una carta de Teodoro Mommsen

Nuestros lectores saben que, festejándose en Alemania, en Noviembre de 1893, el jubileo de la laurea de jurisprudencia del eminente historiador y arqueólogo Teodoro Mommsen, los señores Catedráticos de Historia Universal de nuestra Universidad, Profesores Lapeyre y Desteffanis, iniciaron, con autorización del señor Decano de la Facultad de Preparatorios, una suscripción para remitir un obsequio al autor de la *Historia Romana*, asociándose así á las muestras de aprecio que de otros paises se enviaban á Mommsen.

La idea fué acogida con aplauso, y se remitió á Mommsen un hermoso álbum con dedicatoria, es-

crita por el Profesor Desteffanis y firmada por los donantes.

Cuando el álbum llegó á Berlín, Mommsen hallábase en Cremona (Italia) ocupado en transcribir inscripciones latinas, y solamente á su regreso recibió el obsequio de los estudiantes de Historia de nuestra Universidad, agradeciéndolo con la hermosa carta cuyo original cuidadosamente guarda nuestra Biblioteca Universitaria, y de la cual nos hemos procurado la traducción que ofrecemos hoy á nuestros lectores.

Dice así:

«La lujosa y verdaderamente artística dedicatoria que en ocasión del 50.º aniversario de mi doctorado me ha enviado la Universidad de Montevideo, dedicatoria cuyas numerosas firmas ofrecen una brillante prueba de vivo interés que despiertan nuestros trabajos entre el elemento intelectual de ese país, llegó á mi poder muchos meses después de mi regreso de Italia, y ruego, por lo tanto, se sirvan disculpar el retardo de mi contestación.

«Así como las aves, el investigador ignora cómo y dónde germinarán las semillas esparcidas, pero de que muchas de ellas suelen brotar también en tierras lejanas, lo demuestra de una manera luminosa la dedicatoria que ustedes se complacieron dirigirme.

«Charlottenburg, Julio 10 de 1894.

«Profesor

«*Doctor T. Mommsen*».

El ajenjo

Transcribimos á continuación, una poesta del tomo que galantemente nos ha sido enviado desde Costa Rica por el poeta señor Justo A. Facio.

Recomendamos la lectura de ese trozo poético, que se destaca por su originalidad y belleza. Agradecemos, al mismo tiempo, al señor Facio ese homenaje literario.

EL AJENJO

(Anacreóntica)

El vaso apurad, amigos:
el ópalo en él disuelto
hace vibrar en la mente,
como por obra del estro,
con alegres sinfonías
la lira del pensamiento.

No bulle sonora espuma
sobre el licor en sosiego,
tal como un haz de rocío
entre burbujas disperso,
ni con llama de oro pone
en vuestros labios el fuego.

Es apacible: su veste
luce dorados aspectos,
como si en hojas de otoño
resplandeciera un lucero.

Mirad sus verdosas hondas :
en sus húmedos reflejos
brilla la inmóvil pupila
de un gato que soñoliento
como una esfinge, despide
el encanto del misterio.

Tiene la matiz que verdea
en las venas de los senos,
en carne de porcelana
bajo las blondas erectos,
de las pálidas princesas
habitadoras del hielo :—
las que lucen en la nuca
copos de sol por cabellos,
las que llevan en los ojos
el diáfano tul del sueño.

Entre las linfas heridas
como por rayo de invierno,
en espirales de plomo
mezcla sus cirros el cielo
con el ámbar de las hojas
que tornó mustias el cierzo.

Mirad, amigos : el néctar
en el cristal prisionero
filtrado fué por un ángel
con el éter del ensueño :
de sus ondas sube el vaho
en donde flota el cerebro
como una noche que vaga
en estelares desiertos.

A su vibrante reclamo,
como conjuro de genios,
en plena lumbre revuela
el ave gentil del verbo;
cuyas alas me parecen
á los transportes del vuelo,
dos auroras engarzadas
en el dorso de un ensueño.

Él derrama la alegría
de nuestro mísero seno
cuando baja, como sombra,
á nuestras frentes el techo;
pone en la mirada brillo,
en los labios pone besos,
y en la ternura del alma
fuerza de locos efebos.

Dibuja en el claroscuro
que tamiza tenue velo,
como si luz ruborosa
recatara su destello,
sonrisa de bocas frescas
y redondeces de cuerpos.

Finge las tibias alcobas
donde el calor de los senos
como con tules de vaho
teje confusos anhelos.

Es el olvido: su néctar
en el cristal prisionero
tiene del mar que reposa

el verde profundo y terso :
cuando apuramos su filtro
torna por sabios efectos
el ansia de las tristezas
en abandonos de sueños.

Rindamos parias, amigos,
al rey de brillante reino,
al que lleva sin orgullo,
en vez de corona y cetro,
un manto de primavera
con crespones de lucero.

Su carroza es la alegría,
y joven, libre y risueño,
con el cántico en la boca
en ella va el pensamiento!

CRÓNICA UNIVERSITARIA

Continuamos la publicación de las listas de los examinandos aprobados en Noviembre del año pasado :

EXAMINANDOS APROBADOS EN LITERATURA

2.º año reglamentados

José M. Souza, José Salgado, Alejandrino Fernández, José Rodríguez Anido, Antonio Oliveres, Nicasio del Castillo, Gualberto Ochotorena, Juan A. de Luis, Fausto Veiga, Francisco N. Oliveres, Juan Ingouville, Horacio Rubió, Carlos Guimaraes.

Libres

Juan Munyo, Alberto Guani, José Álvarez, Mauricio P. Berlán, Prudencio de Pena, Otto M. Cione, José M. Bonavia, José de Sagastizabal, Aurelio Platero, Enrique Pereyra, Alberto Pérez Gomar, Juan P. Davyt, José Puig y Maciel, Próspero E. Brunet, Arturo Lorenzo y Losada, Francisco Lacoste, Jacobo Varela, Marcelino Leal, Manuel Monteverde, Pedro J. Martino.

1.º y 2.º año

Santiago I. Agustini, Alejandro Ramos Suárez, Juan Dario Silva, Julio Lorenzo, José E. Rodó, Juan B. Brown, Arturo Gaye, Justo Triay, Salvador M. Pintos, Mariano C. Berro, Carlos Sayaguez Laso.

EXAMINANDOS APROBADOS EN FRANCÉS 1.º AÑO

En esta materia han sido inscriptos 277, dieron examen 230, se aprobaron 165 y se reprobaron 65.

Reglamentados

Ricardo Carreré, José Castiglioni, Benito D. Lagareta, Christian G. Schroder, Rómulo Silva, Francisco Falco, Silvio Fornogne, Severo Aguirre, Ricardo Casaravilla, Enrique L. Cadenas, Héctor R. Gómez, Escolástico B. Torres, Martín Basavilbaso, Eugenio Barroffio, Lorenzo Rosello, Salvador Estrade, Antonio Carrau, José G. Serra, José P. Echegaray, Leopoldo Romeu, Lorenzo Belinzón, Julio Mailhos, Jorge Flores, Pablo Mañe, Antonio Lladó, Pedro Rivero, Pedro M. Manini, Antonio Bauzá,

Jaime Gianetto, Juan B. Irisarri, Antonio Scana-
vino, Sebastián Puppo, León Cabrera, Bernardo Ka-
yael, Juan Andrés Herrera, Alinio Gallardo, José P.
Requena, Luis J. Rey, Alberto Negrotto, Antonio
M. Bargos, Alfredo Ferrando y Olaondo, Augusto
Dupont, Carlos A. Platero, Luis A. Sopena, José
Carrau, Gaspar Latorre, Manuel Rossi, Ricardo Se-
gundo, Luis Arrosa, Carlos Zaffaroni, Juan Deam-
brosi, Jacinto Casaravilla, Carlos Menéndez, Amalio
Darriulat, Anselmo Castro, Raul Payssé, Oscar Fe-
rrando y Olaondo, Dalmiro Veracierto, Alberto Mu-
llín, Arturo Tisnés, Jaime Arteaga, Lincoln Vidal.

Libres

Alberto Scaltritti, Teodoro Berro, Pedro Bayce,
Guillermo Rogé, Paulina Luisi, Francisco Bessio,
Juan P. Aguirre, Atilio Battisti, Francisco Álvarez,
Luis J. Zicoli, José M. Pairano, Rafael F. Ximenez,
Alberto Aguero, Juan Banicelli, Miguel Carriquiry,
Juan Antonio Cavo, César Crispo, Héctor Mazzera,
Juan Antonio Almirati, Anibal Gardone, Eugenio
J. Vargas, Alfredo Rodríguez, Rómulo Marrupe,
Cándido Bañales, Julio Martí, Isidro Viana.

EXAMINANDOS APROBADOS EN FRANCÉS

2.º año reglamentados

Antonio C. Calviño, Francisco García, Manuel C.
Pereiras, Enrique Donadini, Pedro J. Mendiguibel,
Antonio Rampini, Eduardo M. Pérez, Eduardo L.
Moratorio, Justo Aramendia, Enrique A. Pujadas,
Arturo Vidal, Umberto Lorenzo y Losada, Emilio
Aguiar, Jorge Parker, Fermín C. Yéregui, Rafael

Schiaffino, Saturnino L. Balparda, Lorenzo Dournau, Federico Arrosa, Enrique Figares, Alberto Tallice, José Storace, Luis M. Moltedo, Cándido Bañales; Juan E. Camou, Florencio G. Ponce, Luis Praderi, Ángel H. Belinzón, Roberto Jorge Bouton, Miguel L. Costa, Carlos Butler, Aquiles Claramunt, Ricardo Abreu, Pedro Amonderain, José L. Mullín, Hugo E. O'Neill, Pedro Ingouville, Carlos E. Castellanos, Alfredo Carle, Carlos M. Joanicó, José Martinelli, Andrés Romero, Francisco Serralta, Arturo J. Miranda.

Libres

Pedro M. Lago, Domingo Arena, José Ramón Picardo, Felipe Medeyros, Alfredo Hareau, Domingo C. Belinzón, Luis Fernández, Wilfredo Llana, Armando Raggio, Mario Ortiz y Garzón, Luis D. Paravís, Anibal J. Gardone, José L. Rachetti, Julián E. Miranda, Pedro Baridón, José P. Turena, Juan Labat, Fructuoso Ardaiz, Manuel Currás, Arturo Lapujades, Alfredo Méndez, José M. Reyes, Sixto J. Dutra, Eduardo J. Etcheverry, Ezequiel M. Garzón, Anibal Ortiz y Garzón, Emilio Zum Felde, Santiago Michelini, Alfredo Nebel, Adolfo Pérez, Enrique Vignale.

1.º y 2.º año

Víctor Lacava.

1.º año

Pedro Literas.

EXAMINANDOS APROBADOS EN LATINIDAD

1.º año reglamentados

Salvador Estradé, Pedro M. Manini, Rómulo Silva, Julián Álvarez Cortés, Alberto Escande, Alberto Melo, José Ordeig, Enrique Algorta, Carlos Zaffaroni, Julio Mailhos, Juan Deambrosi, Pedro Rivero, Leonidas Carámbula, José Urta y E., Juan Veracierto, José L. Rachetti, Oscar Ferrando y Olaondo, Ricardo Carrere, Antonio Bauzá, Sebastián Puppó, Alberto Negrotto, Carlos A. Platero, José P. Echegaray, Víctor Aznares Franco, Sabás García, Antonio Lladó, Ernesto A. Mullín, Arturo Tisnes, Enrique Menéndez, Antonio Revello, Jaime Arteaga, Juan José Amézaga, Alfredo Ferrando y Olaondo.

Libres

Agosto Musso, Juan Antonio Cavo, José Segade, Héctor Messera, Alberto Vázquez, Pedro Bayce, Anibal Ortiz y Garzón, José P. Turena, Miguel Carriquiry, Teodoro A. Berro, Juan C. Dighiero, Ovidio Alonso, Agustín Sanguinetti, Guillermo Rogé, Carlos Cardoso, José Etchechury, Rodolfo Sayagués Laso.

(Continuará).
